

¿Quién manda aquí?

Cuando los viejos esquemas aprisionan a las nuevas familias

Con este escrito queremos compartir la experiencia que para nosotros representó participar en las pasadas XXX Jornadas Españolas y I Congreso Ibérico de Terapia Familiar, con el taller que da título a este artículo.

Somos 5 personas unidas por el deseo de formar un equipo de terapeutas familiares sistémicos. Como equipo llevamos 4 años disfrutando, sufriendo y creciendo con la colaboración de nuestra supervisora Lolita Albaladejo, pionera de la clínica y la formación sistémica en España. Podríamos decir que es una suerte contar con ella, y lo decimos, pero también queremos añadir que somos responsables de elegir a nuestros maestros, porque no todo es azar en nuestras vidas. Azar, necesidad, creatividad y aprendizaje, he ahí los componentes del proceso estocástico de Bateson, otro de nuestros maestros referentes en este camino sin fin del crecimiento.

La celebración en Barcelona de las XXX Jornadas Españolas y I Congreso Ibérico de Terapia Familiar, dedicadas al tema del poder y de la jerarquía en la familia, fue el pretexto perfecto para ponernos a reflexionar sobre aquello que más nos gusta, la terapia familiar sistémico-relacional.

Y es que la epistemología sistémica representa para nosotros no sólo una forma de trabajar en nuestro ámbito profesional, sino también y sobretodo una forma de pensar, de sentir y de vivir. Una vez incorporado, si es que realmente se ha incorporado, el pensamiento sistémico, cibernético y complejo, ya no se puede abandonar, como no se abandona aquello que se ama.

El tema de las jornadas “Cambios familiares: nuevas relaciones, nuevas jerarquías”, desencadenó en el interior del equipo un cosquilleo subversivo, aunque dentro de un orden. Sin tener experiencia directa del movimiento antipsiquiátrico y sin haber estado en París en mayo del 68, profesamos una cierta antipatía por la idea de jerarquía, quién sabe si como consecuencia de haber crecido en familias donde la jerarquía era un valor educativo preferente. Sabemos por experiencia propia que la jerarquía establece un contexto de aprendizaje acerca del poder, acerca de quién manda y quién obedece, y acerca de las consecuencias de obedecer o desobedecer.

No nos interesa la pregunta acerca de quién manda. No es que neguemos la realidad de la existencia de las jerarquías, pues nuestra ingenuidad no es tan temeraria, pero no queremos que sea ésta la pregunta que nos organiza como terapeutas. Entonces, ¿qué clase de terapeutas queremos ser? Esa fue la pregunta que nos emocionó.

No están los tiempos para desechar preguntas emocionantes, con la sobrecarga que se percibe en el ambiente de técnicas, diagnósticos y clasificaciones, en una especie de delirio deshumanizador que nos hace ser francamente pesimistas. Nosotros, como terapeutas de familia, lo que queremos es hacer preguntas a la familia. No se trata de preguntas meramente informativas, sino de preguntas generativas, generadoras de reflexión, emoción y transformación.

Naturalmente, antes de proponer una pregunta a la familia, el equipo quiere y necesita experimentarla en sus propias carnes. Es una metodología de trabajo imprescindible para ser respetuosos no sólo con la familia, sino también con las premisas de la Segunda Cibernética. Si todo lo dicho es dicho por un observador, todo lo preguntado es preguntado por un observador, que antes de preguntar debería preguntarse.

En estas y otras reflexiones epistemológicas estábamos cuando nos dimos cuenta de que se acercaba la fecha límite de presentación del taller, y el tiempo apremiaba.

Nos gusta el diálogo, de hecho pensamos que el diálogo es la única posibilidad de transformación y de crecimiento. Por supuesto, el diálogo va más allá del intercambio de información. Creemos que el diálogo sólo es posible en contextos de colaboración, respeto y duda. Vivir encadenados a rocas de certidumbre hace imposible el diálogo. Por eso nuestra propuesta es sólo una invitación, que se puede aceptar o rechazar.

Nuestra mente es maravillosa, por sus posibilidades, su creatividad, su plasticidad, siempre que no quede atrapada en círculos viciosos que confirman sus propias creencias una y otra vez hasta el hartazgo, haciendo de la mente – y no digamos del espíritu- un prisionero de sí mismo. Nos advierte Edgar Morin de que para soltar la roca de certidumbre es necesario emprender una reflexión detenida, y salvar así la contradicción entre el principio de riesgo y el principio de precaución, siendo ambos necesarios.

Tras un proceso de trabajo en equipo lleno de dudas, temores, risas, algunas certezas y emociones de todas clases, surgieron dos preguntas como dos frutas maduras que antes quisimos probar nosotros, para conocer su sabor.

Estas dos preguntas son: ¿Qué te sedujo de la terapia familiar sistémica?, y ¿qué tipo de terapeutas queremos ser? Justamente una de las cosas que nos sedujo de la terapia familiar sistémica fue su capacidad para hacer preguntas sorprendentes, emocionantes, reflexivas, comprensivas –entender desde el respeto-, que apelaran a la experiencia, que nos tocaran nuestra fibra humana, pues no otra cosa somos.

Las probamos y nos gustó su sabor, así que nos decidimos a proponerlas como una invitación en nuestro taller. Consideramos imprescindible que los terapeutas puedan experimentar las preguntas que proponen a las familias, para conocer de primera mano qué tipo de experiencia se obtiene de ellas, y si valen o no la pena.

Y llegó el momento tan esperado. Con la colaboración de M^a Jesús Cuadrado, moderadora de nuestro taller, organizamos la sala colocando las sillas en semicírculo y nuestro pensamiento en círculo, pues queríamos que el taller fuera un espacio de recursividad y de diálogo con los participantes.

El taller reunió en la sala a numerosas personas de diferentes formaciones (estudiantes, psicólogos, pedagogos, trabajadores sociales, psiquiatras...) y diferentes procedencias (Portugal, Madrid, Valencia, Asturias, Catalunya...) hablando en diferentes idiomas (castellano, catalán, portugués...) con ganas de entenderse en un lenguaje común, el de la emoción.

Eran las tres y media de la tarde y a la sala fueron llegando los participantes en plena digestión, muchos de ellos presentes en nuestra comunicación de la mañana, en la que quisimos recrear un metálogo como homenaje a Bateson.

Tras las presentaciones, no tanto de rigor como de primer contacto humano, generador de un clima adecuado para la reflexión y el diálogo, organizamos el taller a partir de las dos preguntas reseñadas más arriba y que no nos importa repetir: ¿Qué te sedujo de la terapia familiar sistémica?, y ¿qué tipo de terapeutas queremos ser?. Obsérvese que no nos importaba tanto el tipo de familia que tenía ante sí el terapeuta, como el tipo de terapeuta que se sentaba ante la familia, con sus recursos, sus vivencias y sus emociones. Cuidado, claro que nos importan las características particulares de cada familia, pero queríamos resaltar la posibilidad de que el terapeuta hiciera algo “con” la familia, y no “a” la familia. Resaltar, por tanto, qué tipo de relación se establece entre el terapeuta y la familia, porque de eso va a depender en gran medida que pasen unas cosas o que pasen otras, que se dé un proceso de transformación y de crecimiento, o un proceso de estancamiento, es decir, que no haya proceso. Esta reflexión nos parece válida tanto para las relaciones familiares como para la relación terapéutica.

Y quien habla de terapeutas familiares habla de profesionales en general de la cosa humana. Nosotros estamos hablando en este momento como terapeutas de familia, pero quienes esto firman también trabajan a diario en contextos de salud mental infanto-juvenil, en equipos de atención a la infancia y la adolescencia (protección de menores para los más prosaicos) y en centros de tratamiento de las toxicomanías. Quiere decirse que sabemos de las dificultades para aplicar todo lo que aquí estamos proponiendo. Sin embargo, pensamos que vale la pena insistir y perseverar en esta epistemología sistémica y relacional también en contextos reacios a aceptarla, aunque a veces tengamos la sensación de ser ríos que, efectivamente, van a morir a la mar.

A la dicotomía jerárquica mandar-obedecer, propusimos la complejidad, la responsabilidad y el respeto del diálogo. Porque en eso consistió el taller, en un diálogo no exento de sus momentos de tensión y desencuentro, como pasa en las mejores familias. Y como en las mejores familias, que por supuesto son todas las nuestras, encontramos una cantidad de recursos y posibilidades, una riqueza humana, unas ganas de colaborar, compartir e implicarse, una amorosidad y creatividad que para nosotros representó una experiencia única. A ella nos agarramos para vencer los momentos de desesperanza. Sirva este escrito para agradecer, una vez más, a todos los participantes que hicieron posible esa experiencia.

Por Neus Garriga, Pilar Guillén, Núria Llauredó, Rafael Metlikovez y Rosa Ocón.

Equipo de Terapia Familiar Espai Obert
espaiobertbcn@hotmail.com
Plaça Tetuán 3, 3^o1^a 08010 Barcelona
Tel. 630 052 182